

**CONSERVADURISMO EPISTÉMICO Y DESACUERDO
DEMOCRÁTICO: UN MODELO DE RACIONALIDAD EN
MEDIO DE LA PLURALIDAD DE OPINIONES**

**Epistemic Conservatism and Democratic Disagreement: A
Model of Rationality Amidst Plurality of Opinions**

Rodrigo Laera

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET),
Sociedad Argentina de Análisis Filosófico (SADAFF), Buenos Aires, Argentina.



Resumen

El presente artículo examina la intersección entre el conservadurismo epistémico y el desacuerdo democrático, proponiendo un modelo matemático para entender cómo los agentes pueden mantener racionalmente sus creencias mientras se adaptan a la diversidad de opiniones en un contexto deliberativo. En primer lugar, se argumenta que un grado moderado de conservadurismo epistémico puede ser beneficioso para la estabilidad democrática, actuando como un mecanismo que preserva la diversidad de opiniones mientras mantiene la cohesión social. En segundo lugar, se pretende demostrar la existencia de un nivel óptimo de conservadurismo que maximiza tanto la estabilidad como la adaptabilidad del sistema democrático, donde la diversidad de creencias en una sociedad democrática sigue patrones predecibles y cuantificables, con implicaciones significativas para el diseño de instituciones y procesos democráticos. Finalmente, se indica que el desacuerdo persistente no es necesariamente una falla del sistema democrático, sino una característica emergente de la interacción entre agentes con diferentes grados de conservadurismo epistémico, en el que el tiempo de convergencia a un consenso está inversamente relacionado con el grado de apertura al cambio en la población.

Palabras clave: Conservadurismo epistémico; democracia deliberativa; desacuerdo; consenso; racionalidad.

¿Cómo citar?: Laera, R. (2025). Conservadurismo epistémico y desacuerdo democrático: un modelo de racionalidad en medio de la pluralidad de opiniones. *Praxis Filosófica*, (62), e20814298. <https://doi.org/10.25100/pfilosofica.v0i62.14298>

Recibido: 27 de junio de 2024. Aprobado: 7 de marzo de 2025.

Epistemic Conservatism and Democratic Disagreement: A Model of Rationality Amidst Plurality of Opinions

Rodrigo Laera¹

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Sociedad Argentina de Análisis Filosófico (SADAF), Buenos Aires, Argentina.

Abstract

This paper examines the intersection between epistemic conservatism and democratic disagreement, proposing a mathematical model to understand how agents can rationally maintain their beliefs while adapting to diverse opinions in a deliberative context. Firstly, it argues that a moderate degree of epistemic conservatism can be beneficial for democratic stability, acting as a mechanism that preserves diversity of opinions while maintaining social cohesion. Secondly, it aims to demonstrate the existence of an optimal level of conservatism that maximizes both stability and adaptability of the democratic system, where the diversity of beliefs in a democratic society follows predictable and quantifiable patterns, with significant implications for the design of democratic institutions and processes. Finally, it suggests that persistent disagreement is not necessarily a failure of the democratic system but an emergent feature of the interaction between agents with different degrees of epistemic conservatism, where the convergence time to a consensus is inversely related to the degree of openness to change in the population.

Keywords: *Epistemic conservatism; Deliberative democracy; Disagreement; Consensus; Rationality.*

¹ Doctor en Filosofía por la Universidad de Barcelona e Investigador Adjunto del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) de Argentina. Se desempeña en el Instituto de Investigaciones Filosóficas (IIF-CONICET). Sus áreas de investigación se concentran en epistemología, filosofía de la economía y metafilosofía. Entre sus publicaciones destacadas se encuentra el libro *Los desvíos de la Razón: el lugar de la facticidad en la epistemología* (Miño y Dávila, 2011), además de numerosos artículos en revistas académicas especializadas sobre temas como el contextualismo meta-epistemológico, el problema del criterio, las limitaciones de la evidencia y los problemas epistemológicos de la perspectiva económica. Ha desarrollado investigación en el marco de proyectos financiados por el Ministerio de Ciencia e Innovación de España y participa activamente en la comunidad académica internacional de filosofía analítica.

CONSERVADURISMO EPISTÉMICO Y DESACUERDO DEMOCRÁTICO: UN MODELO DE RACIONALIDAD EN MEDIO DE LA PLURALIDAD DE OPINIONES

Rodrigo Laera

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Sociedad Argentina de Análisis Filosófico (SADAF), Buenos Aires, Argentina.

I. Introducción

En el panorama contemporáneo de la filosofía política y la epistemología social, dos conceptos han ganado prominencia por su relevancia en la comprensión de la dinámica de las creencias y la toma de decisiones colectivas: el conservadurismo epistémico y el desacuerdo democrático. Brevemente, el conservadurismo epistémico sostiene que es racional para un agente mantener sus creencias a menos que haya razones convincentes para cambiarlas. El desacuerdo democrático se refiere a la inevitabilidad y el valor de las diferencias de opinión en una sociedad plural y democrática. La intersección de estos dos conceptos plantea un importante desafío: ¿cómo pueden los individuos mantener razonablemente sus creencias mientras respetan y se adaptan a la diversidad de opiniones en un contexto democrático? Este artículo propone que no solo es posible, sino también racional, conservar las creencias mientras se respetan los desacuerdos democráticamente y se reconoce la pluralidad de opiniones.

El presente artículo se estructura de la siguiente manera: primero, se establecerá un marco teórico que permita explorar los conceptos de conservadurismo epistémico y desacuerdo democrático. Luego, se presentará un breve y sencillo modelo matemático que integra estos conceptos con el fin de demostrar cómo la estabilidad de las creencias puede coexistir con la adaptabilidad necesaria en un sistema democrático. En una tercera parte, se analizarán las implicaciones de este modelo para la toma de decisiones colectivas y se explorarán sus limitaciones y consideraciones éticas. La discusión se centrará en cómo el conservadurismo epistémico puede funcionar como una estrategia racional en contextos democráticos, abordando el delicado equilibrio entre la estabilidad de las creencias y la apertura al cambio. Por último, se buscará entender cómo los individuos pueden navegar razonablemente en un mundo de desacuerdos persistentes

y pluralidad de perspectivas. Al hacerlo, se espera arrojar luz sobre cómo las sociedades democráticas pueden fomentar la estabilidad epistémica sin sacrificar la apertura y la adaptabilidad necesarias para el progreso colectivo.

II. Una perspectiva sobre la relación entre el conservadurismo epistémico y el desacuerdo democrático

El conservadurismo epistémico sostiene que es racional para un agente mantener sus creencias a menos que haya razones convincentes para cambiarlas (Foley, 1983; 2004; Harman, 1986). En esencia, esta perspectiva argumenta que se necesitan razones para renunciar a una creencia, pero no se necesita ninguna razón adicional para retenerla, otorgándole así un estatus epistémico privilegiado (Lycan, 1988). Aunque nuestras creencias existentes gozan de cierta presunción inicial de racionalidad, esta ventaja inicial en términos de justificación no es absoluta, incondicional, ni permanente, sino que está sujeta a revisión. Por ejemplo, aludiendo a la condición de coherencia, Chisholm (1982) sostuvo que cualquier cosa que nos encontremos creyendo puede decirse que tiene cierta presunción a su favor, siempre que no se contradiga explícitamente por el conjunto de otras cosas que creemos. En una línea similar, McCain (2008) reformula el conservadurismo de la siguiente manera: si S cree que p y p no es incoherente, entonces S está justificado en retener la creencia de que p y S permanece justificado en creer que p tan lejos como p no sea falseada por S . Sin embargo, conviene aclarar que el rasgo de coherencia no es inherente al conservadurismo, pues puede haber creencias incoherentes que gocen de cierta presunción inicial de racionalidad debido a que no fueron comparadas con las creencias que se contraponen. Lo mismo ocurre con creencias iniciales en su especie, que al no haber otras, no se comparan. Tales compromisos pueden estar basados en suposiciones, de ahí que Sherman y Harman (2011) hayan sostenido que el conocimiento se basa en suposiciones que uno no sabe, pero que justificadamente asume. De modo que cambiar de creencia tiene un costo cognitivo que debe ser compensado por los beneficios del cambio (Adler, 1996).

También, puede sostenerse una especie de conservadurismo más restringido, apelando a cierto grado de racionalidad. Así, Kvanvig (1989) sostiene que algún grado de racionalidad puede ser generado por la creencia de una persona meramente en virtud de los doxásticos compromisos de esta persona. Si el mero compromiso doxástico puede crear grados de racionalidad epistémica, entonces el conservadurismo epistémico estará limitado a la comprensión de los compromisos internos del agente como fuentes de justificación. Esto implica que la estructura y los compromisos

inherentes al sistema de creencias de un agente pueden otorgar una justificación epistémica inicial y condicional.

No obstante, este enfoque no es meramente una tendencia psicológica acerca de nuestra capacidad de mantener creencias, aunque no tengamos evidencias de ellas, sino una estrategia racional para que tales creencias sean legítimas y se mantengan justificadamente². En este sentido, se puede pensar en tres beneficios, tanto epistémicos como pragmáticos, del conservadurismo epistémico. En primer lugar, mantener creencias existentes es cognitivamente menos costoso que revisarlas constantemente, algo que es una consecuencia natural de nuestras limitaciones cognitivas. Dado que no podemos reevaluar constantemente todas nuestras creencias, resulta racional mantener las existentes, pues es necesario para poder pensar en otros temas que nos merecen una evaluación más exhaustiva. En segundo lugar, el conservadurismo ayuda a mantener la coherencia de las creencias a lo largo del tiempo, pues proporciona un marco de referencia con el que interpretar nuevos tipos de información, lo que a su vez contribuye a una percepción de continuidad y estabilidad en nuestras vidas. En tercer lugar, las creencias existentes a menudo son el resultado de procesos confiables de formación de creencias³, lo que sugiere que han pasado por algún grado de validación y ajuste en el pasado. Estas creencias han demostrado ser útiles y adaptativas, al menos en algún contexto, lo que les otorga una ventaja inicial de confiabilidad y practicidad.

Como señala Adler (1990), si una investigación está funcionando bien, se espera que las creencias actuales estén, *prima facie*, protegidas y preferidas a creencias posiblemente competidoras, por tener mayor confirmación. Esto permite evitar riesgos innecesarios y dar continuidad a líneas de investigación productivas. Kvanvig (1989) ofrece un argumento similar contra la arbitrariedad, señalando que es difícil ver cómo una estrategia en contra del conservadurismo puede sostenerse sin una presunción conservadora de esa misma crítica. Si no se acepta algún grado de conservadurismo, parece imposible iniciar cualquier proceso epistémico.

No obstante, el conservadurismo epistémico no está exento de complicaciones, que pueden dar lugar a discusiones más amplias y que

² Comesaña (2011) distingue el conservadurismo epistémico del preservacionismo, el conservacionismo y el mentalismo, argumentando que solo los dos últimos implican al conservadurismo. Sin embargo, para el propósito de este trabajo no es necesario centrarse en estas distinciones. También Vahid (2004) hace distinciones entre distintos tipos de conservadurismo epistémico.

³ Foley (1987) complementa esta perspectiva al argumentar que el conservadurismo epistémico puede ser visto como una forma de racionalidad doxástica, donde la retención de creencias es racional si fueron formadas a través de procesos confiables.

exceden a este trabajo. De todas maneras, cabe discutirlas, aunque sea brevemente. Quizá la complicación más grave consiste en que no toma en cuenta cómo se formaron originalmente las creencias. Si otorgamos un estatus epistémico privilegiado a las creencias simplemente porque ya las tenemos, entonces estaremos ignorando que muchas creencias se adquieren por medios epistémicamente cuestionables o arbitrarios, de manera que el conservadurismo entra en conflicto con el principio fundamental de que nuestras creencias deberían responder proporcionalmente a la evidencia (Christensen, 1994). Por ejemplo, *S* puede haber adquirido una creencia *p* durante su infancia en un entorno social o cultural particular, sin haber tenido acceso a información alternativa ni la capacidad de evaluar críticamente lo que se le enseñaba. En consecuencia, si el conservadurismo epistémico le exige ahora mantener esas creencias en ausencia de razones suficientes para abandonarlas, entonces podría estar preservando errores fundacionales simplemente por inercia.

Siguiendo con una lectura internista, según Poston (2012), el conservadurismo confunde indebidamente la perspectiva de primera persona del agente epistémico con los estándares normativos que deben gobernar la justificación. Aunque desde la perspectiva del agente puede parecer razonable mantener sus creencias actuales, esto no significa que exista una justificación normativa real para privilegiarlas, pues, desde el plano estrictamente normativo, la justificación epistémica ha de sustentarse en criterios externos a la mera vivencia subjetiva del agente, de lo contrario la autocritica racional y la revisión de creencias de reflexiones propias se vuelven difíciles de explicar. Partiendo de otro ángulo, también se puede pensar en un agente que posee una creencia completamente desprovista de memoria, contexto o justificación —una especie de creencia desnuda—, idea que, aunque lógicamente no es contradictoria, pero que resulta prácticamente inalcanzable para los seres humanos, cuya condición cognitiva está intrínsecamente ligada a historias y memorias que moldean toda creencia. Esta imposibilidad de conceptualizar agentes con creencias desnudas a concluir que el conservadurismo epistémico no es evaluable, pues cualquier intento de analizarlo depende inevitablemente de supuestos contextuales que introducen justificaciones externas, desvirtuando así la noción misma de una creencia puramente aislada (Coren, 2021).

El primer problema se basa en una suerte de asimetría epistémica: ¿por qué las creencias existentes deberían recibir un tratamiento epistémico diferente de las posibles creencias alternativas? Una estrategia para responder a esta cuestión consiste en entender que el conservadurismo no es una teoría pura de la justificación epistémica, sino una posición que integra

consideraciones epistémicas y pragmáticas sobre la gestión óptima del sistema de creencias. Así, el privilegio otorgado a las creencias existentes no se basa exclusivamente en su estatus epistémico intrínseco, sino en una combinación de tres factores: (i) Los costos cognitivos de revisión: en los que revisar creencias existentes implica costos cognitivos significativos, especialmente cuando estas están integradas en redes epistémicas. (ii) El valor de la estabilidad: en el que los sistemas de creencias excesivamente volátiles puedes ser menos conducente a la verdad a largo plazo que otros con cierta estabilidad estructural. (iii) el reconocimiento de límites, en el que, dadas nuestras limitaciones cognitivas, es imposible revisar constantemente los fundamentos de todas nuestras creencias. Esta interpretación reconoce que, efectivamente, algunas creencias pueden tener orígenes epistémicamente subóptimos, pero mantiene que la revisión constante de estos orígenes sería pragmáticamente inviable y potencialmente contraproducente si se considera a la creencia originadas de esta manera en su conjunto. En la misma línea, respecto al segundo problema señalado, el conservadurismo da el suficiente margen para entender que las creencias existentes merecen privilegio epistémico no porque el agente tenga acceso reflexivo a este hecho, sino porque los sistemas de creencias estables tienden a ser más conducentes a la verdad que los sistemas excesivamente volátiles. Esta tendencia constituye un factor externista relevante para la justificación que no depende de la perspectiva subjetiva del agente. Así, la autocritica racional no queda comprometida sino enriquecida: el agente puede reflexionar no solo sobre la evidencia directa para sus creencias, sino también sobre el valor epistémico de la estabilidad de su sistema de creencias, revelando una continuidad entre los aspectos internos y externos, en lugar de forzarnos a elegir entre ellos (Lyons, 2009). Por último, el argumento de Coren (2021) parece confundir aislamiento conceptual con aislamiento evaluativo. Aunque es cierto que las creencias humanas están inevitablemente embebidas en redes contextuales, esto no invalida la evaluación del conservadurismo epistémico como principio normativo. Este tipo de conservadurismo no requiere creencias completamente desnudas o desprovistas de contexto, sino que propone un criterio evaluativo específico: que el mero hecho de sostener una creencia aporta un peso epistémico adicional. Podemos aislar conceptualmente este factor particular para su evaluación, aun reconociendo que en la práctica opera junto a otros factores contextuales —y de ahí su carácter pragmático—. De manera similar, se evalúa el evidencialismo sin requerir evidencia pura descontextualizada. Así, el conservadurismo es perfectamente evaluable como principio que identifica un aspecto específico de nuestras prácticas epistémicas complejas.

Ahora bien, dejando un poco de lado el conservadurismo epistémico, cabe aclarar a qué se está refiriendo con desacuerdo democrático en tanto que implica la existencia y el valor de las diferencias de opinión. Gutmann y Thompson (2004) han sostenido que el desacuerdo es no solo inevitable, sino también deseable en una democracia saludable, ya que fomenta el debate y la deliberación. De esta manera, el desacuerdo puede ser visto como un motor para el desarrollo epistémico y social, al obligar a los individuos y las instituciones a reconsiderar, revisar y, en tal caso, reforzar sus creencias políticas⁴. Talisse (2009) desarrolla esta idea a través del concepto de pluralismo epistémico, sosteniendo que la diversidad de perspectivas es fundamental para la legitimidad democrática. La democracia no solo es un sistema para agregar preferencias, sino también un mecanismo para la producción colectiva de conocimiento. En consecuencia, existen razones epistémicas para actuar democráticamente. Si la democracia proporciona las mejores condiciones para una fe epistemológicamente justificada en nuestras creencias, entonces se encontrará cercana al conservadurismo epistémico (Talisse, 2013). Se puede llevar esta idea un poco más allá, proponiendo que la diversidad cognitiva en una democracia puede conducir a mejores decisiones colectivas, un fenómeno que se denomina “inteligencia colectiva”, donde la diversidad cognitiva de un grupo grande de ciudadanos puede superar la capacidad de un grupo pequeño de expertos (Landemore, 2013). En este enfoque, la diversidad puede superar la capacidad individual en la resolución de problemas mediante la agregación de información. Es decir, mediante la deliberación, los ciudadanos pueden compartir y combinar información, llegando a conclusiones que ningún individuo podría alcanzar por sí solo⁵. Así, el desacuerdo democrático no solo tiene un valor instrumental para la producción de conocimiento, sino que también puede tener un valor intrínseco en términos de respeto mutuo y reconocimiento entre ciudadanos con posiciones políticas que no sean radicalmente opuestas (cfr. Bohman, 1998). La práctica de involucrarse en desacuerdos de manera constructiva puede fortalecer los lazos cívicos y fomentar una cultura política orientada al consenso, pero permitiendo que las ideas sean cuestionadas y refinadas con el fin de reducir la probabilidad de errores sistemáticos.

⁴ Por ejemplo, Gutmann y Thompson (2004, p. 6) sostienen que “aunque la deliberación apunta a una decisión justificable, no presupone que la decisión en cuestión esté realmente justificada, y mucho menos que una justificación hoy sea suficiente para un futuro indefinido. Mantiene abierta la posibilidad de un diálogo continuo, en el que los ciudadanos puedan criticar las decisiones anteriores y avanzar sobre la base de esas críticas”.

⁵ En este sentido, según Cohen (1989) la igualdad y la publicidad son aspectos esenciales de la deliberación democrática, pues se refieren específicamente al uso público de argumentos y razonamientos entre ciudadanos iguales.

Dado que las estructuras sociales y las prácticas institucionales pueden afectar la producción y distribución del conocimiento en una sociedad, la formación de creencias y opiniones no ocurre en un vacío, sino que está influenciada por factores contextuales. En este sentido, Fricker (2007) ha llamado la atención sobre el concepto de “injusticia epistémica”, que se refiere a las formas en que ciertos grupos pueden ser sistemáticamente desfavorecidos en su capacidad para participar en la producción y transmisión de conocimiento. La injusticia epistémica puede manifestarse de dos formas principales: la injusticia testimonial, donde se otorga menos credibilidad a las declaraciones de ciertos grupos debido a prejuicios identitarios, y la injusticia hermenéutica, donde la falta de conceptos y recursos interpretativos adecuados impide que ciertos grupos comprendan y articulen sus propias experiencias. Estas formas de injusticia pueden socavar el ideal del desacuerdo democrático productivo al crear barreras para la participación equitativa en el discurso público. Para abordar estas preocupaciones, uno puede recurrir a la noción de “contrapúblicos subalternos”, espacios discursivos paralelos donde los grupos marginados pueden desarrollar y articular sus propias interpretaciones de sus identidades, intereses y necesidades (Fraser, 1990). Espacios que servirían como incubadoras para nuevas ideas y perspectivas que eventualmente pueden desafiar y enriquecer el discurso dominante, aun manteniendo el conservadurismo epistémico⁶. Zollman (2010) aporta una perspectiva adicional al examinar cómo la estructura de las redes epistémicas puede afectar la difusión del conocimiento en comunidades científicas, pero en que cierto grado de aislamiento epistémico (que podría verse como una forma de conservadurismo) puede, paradójicamente, llevar a mejores resultados colectivos en algunos casos. Esto sugiere que, además de valorar el desacuerdo per se, importa considerar las condiciones bajo las cuales el desacuerdo puede conducir a resultados epistémicamente valiosos (Goldman, 1999).

Cuestiones más acuciantes ocurren cuando el desacuerdo epistémico es profundo; es decir, conflictos fundamentales que trascienden la mera diferencia de opiniones y que no pueden resolverse mediante los métodos normales de argumentación (Fogelin, 2005). Cuando los agentes desacuerdan desde marcos conceptuales incompatibles y carecen de un terreno común para evaluar argumentos, las herramientas habituales del debate racional de las sociedades democráticas —como la apelación a evidencias o el razonamiento lógico— resultan ineficaces. Justamente,

⁶ De hecho, Mouffe (2000) ha sostenido que una democracia robusta debe ser capaz de transformar el antagonismo en agonismo, donde los oponentes se ven como adversarios legítimos en lugar de enemigos.

donde la deliberación colectiva y el consenso son donadores de legitimidad política, la presencia de nichos epistémicos en los que los ciudadanos habitan realidades informativas completamente diferentes puede provocar una fragmentación del espacio público y una erosión de la confianza mutua. Si, con Feldman (2005), encontramos que el desacuerdo es una razón para poner en duda mis creencias, y si estos desacuerdos se dan sobre proposiciones estructurales o que consideramos muy fundamentales, entonces este tipo de desacuerdo debería darnos una razón para no ser lo suficientemente conservadores⁷. Esto puede que las democracias necesitan desarrollar ciertas capacidades metaconsensuales, que permitan a los agentes en desacuerdo reconocer la legitimidad de diferentes marcos normativos, incluso cuando no puedan ser reconciliados (Dryzek y Niemeyer, 2006). Es decir, en lugar de buscar un consenso sustantivo, las sociedades democráticas podrían enfocarse en establecer reglas procedimentales compartidas para manejar estos desacuerdos persistentes.

Tanto el conservadurismo epistémico como el desacuerdo democrático plantean desafíos. No es el objetivo adentrarnos en detalle en ellos, simplemente se señalarán algunos que pueden considerarse relevantes para el objetivo del presente trabajo. En primer lugar, el conservadurismo epistémico presenta el reto de equilibrar la estabilidad de las creencias existentes con la necesidad de progreso y adaptación. Aunque el conservadurismo sea valioso para mantener la coherencia y la racionalidad en nuestros sistemas de creencias, puede obstaculizar la incorporación de nuevas evidencias y perspectivas disruptivas, que promuevan el avance del conocimiento y la toma de decisiones informadas en una democracia deliberativa (Brennan, 2016). El desacuerdo democrático, si bien es fundamental para el pluralismo y la diversidad de opiniones, puede conducir a la polarización y a la fragmentación social si no se maneja adecuadamente. La cuestión radica en cómo fomentar un debate constructivo y una deliberación efectiva en un contexto de diversidad epistémica, donde las diferencias en las creencias y los valores son profundas y, a menudo, aparentemente irreconciliables. A esto hay que sumarle que, en un mundo interconectado, las sociedades deben navegar por desacuerdos que trascienden las fronteras nacionales y culturales donde el conservadurismo local puede imponerse. Así, la universalidad de ciertos valores democráticos y cómo manejar el desacuerdo, en contextos donde los marcos epistémicos fundamentales difieren sustancialmente, siguen siendo temas de debate. Es más, los desafíos planteados por el conservadurismo epistémico y el desacuerdo democrático adquieren una

⁷

Debo este análisis al comentario de uno de los árbitros anónimos de la revista.

nueva dimensión en el contexto de la sociedad digital contemporánea. La revolución tecnológica ha transformado radicalmente los procesos de comunicación y las dinámicas de formación de la opinión pública y la deliberación democrática. En este sentido, las preocupaciones sobre cómo equilibrar la estabilidad de las creencias con la necesidad de adaptación y cómo fomentar un debate constructivo en un contexto de diversidad epistémica se ven amplificadas y complejizadas por el ecosistema digital (Castells, 2009). Por ejemplo, el auge de las tecnologías digitales y las redes sociales ha introducido nuevas dimensiones a estos desafíos. Aunque estas plataformas han ampliado las oportunidades para el intercambio de ideas y la participación cívica, también han creado nuevos problemas, como la formación de cámaras de eco, la rápida propagación de desinformación o la polarización algorítmica, donde el conservadurismo epistémico puede verse exacerbado. Estos fenómenos pueden reforzar las tendencias hacia el aislamiento epistémico y la fragmentación social que ya se observaban en el contexto del desacuerdo democrático tradicional.

La tensión aparente entre el conservadurismo epistémico y el desacuerdo democrático contrasta con la posibilidad de una síntesis productiva. El objetivo de la siguiente sección será desarrollar un modelo que capture esta dinámica compleja.

III. Un modelo del conservadurismo epistémico en contextos democráticos

Supóngase un conjunto finito de agentes en una sociedad democrática en el que $A = a^1, a^2, \dots, a_n$. Aquí cada agente a_i tiene un conjunto de creencias $B_i = b^1, b^2, \dots, b_m$, donde cada $b_j \in [0,1]$ representando la fuerza de la creencia j . Así, es posible definir un parámetro de conservadurismo epistémico $c_i \in [0,1]$ para cada agente a_i . Dado que el espacio de creencias colectivas se representa como $G(V, E)$ donde V son los vértices (creencias) y E son las aristas (relaciones entre creencias), la evolución de las creencias en el tiempo se podrá modelar como un sistema dinámico discreto. Así, para entender la estabilidad de creencias individuales se puede considerar que para un agente a_i con conservadurismo epistémico c_i , la tasa de cambio de sus creencias estará determinada por: $dB_i/dt = (1 - c_i) * (\bar{\beta} - B_i)$, donde $\bar{\beta}$ es el promedio de las creencias de todos los agentes. Si la tendencia natural de las creencias es moverse hacia el promedio de la población, $\bar{\beta}$, entonces las creencias de los agentes individuales tenderán a converger más rápidamente hacia una especie de consenso.

Sin embargo, el conservadurismo epistémico actúa como una fuerza que resiste este cambio, en el que las creencias pueden permanecer diversificadas. De esta manera, al definir la fuerza de atracción hacia $\bar{\beta}$ como proporcional a $(\bar{\beta} - B_i)$ y el factor que representa la susceptibilidad del agente al cambio como $(1 - c_i)$, se puede modelar la evolución de las creencias individuales como un proceso de atracción y resistencia. Cuanto más alta sea la susceptibilidad del agente al cambio, más rápido se moverá hacia el consenso, mientras que cuanto más alto sea el conservadurismo epistémico, más resistente será el agente a cambiar sus creencias. Es decir, cuando $c_i = 0$, el agente es completamente susceptible y entonces se producirá: $dB_i/dt = \bar{\beta} - B_i$; cuando $c_i = 1$, el agente es completamente resistente y entonces se producirá: $dB_i/dt = 0$. Para valores intermedios de c_i , se podrá obtener una tasa de cambio proporcional tanto a la diferencia $(\bar{\beta} - B_i)$ como a la susceptibilidad $(1 - c_i)$. Así, la tasa de cambio es proporcional a la diferencia entre las creencias del agente y el promedio general, modulada por su grado de conservadurismo.

En el estado de equilibrio, la diversidad de creencias D estará relacionada con el conservadurismo promedio \bar{C} de la población, donde $D = k * (1 - \bar{C})$ y k es una constante que depende de las condiciones iniciales del sistema. Al definir la diversidad D como la varianza de las creencias en la población, en la que $D = (1/n) * \sum_i (B_i - \bar{\beta})^2$, el equilibrio de $dB_i/dt = 0$ para todo i , implicará: $(1 - c_i) * (\bar{\beta} - B_i) = 0$. De esta manera, se puede resolver que para B_i : $B_i = \bar{\beta} + \alpha * c_i$, donde α es una constante. Así, sustituyendo en la ecuación de diversidad se obtiene:

$$D = (1/n) * \sum_i (\alpha * c_i)^2 = \alpha^2 * (1/n) * \sum_i c_i^2 = \alpha^2 * (\bar{C}^2 + Var(C))$$

Donde $Var(C)$ es la varianza de los valores de conservadurismo.

Definiendo $k = \alpha^2 * (1 + Var(C)/\bar{C}^2)$, también obtenemos: $D = k * (1 - \bar{C})$. En consecuencia, la diversidad de creencias en equilibrio está inversamente relacionada con el conservadurismo promedio de la población, pero también depende de la variabilidad en los niveles de conservadurismo. A medida que \bar{C} se acerca a 1, D se acerca a 0, reflejando cómo un alto conservadurismo reduce la diversidad. Cuando $\bar{C} = 0$, D alcanza su máximo valor posible dado por k .

Si anteriormente se ha pensado en la diversidad de creencias en estado de equilibrio, ahora también es posible pensar en una tasa de convergencia. De modo que la tasa a la cual el sistema se acerca al equilibrio estará dada por: $\lambda = -\mu * (1 - \bar{C})$, siendo μ una constante positiva que depende de la conectividad del grafo G . Una posible demostración puede estructurarse

considerando un sistema linealizado alrededor del punto de equilibrio, en el que la matriz Jacobiana J del sistema tiene elementos. De manera que: $J_{ii} = -(1 - c_i)$ y $J_{ij} = (1 - c_i)/(n - 1)$ para $i \neq j$. Así, el valor propio dominante de J determinará la tasa de convergencia. Si también se utiliza la teoría de perturbación de matrices, podemos mostrar que este valor propio es aproximadamente: $\lambda \approx -\mu * (1 - \bar{C})$, donde μ depende de la estructura del grafo G . Así, es posible relacionar la velocidad de convergencia del sistema con el nivel promedio de conservadurismo epistémico.

Ahora bien, si se relaciona la evolución local de las creencias con el comportamiento global del sistema, entonces es posible considerar:

$$\sum_i (\partial F / \partial B_i) = \sum_i (1 - c_i)$$

Donde F es la función que describe la dinámica global del sistema de creencias.

Aquí también es posible aplicar la siguiente forma al modo de Euler:

$$\oint_{\partial M} \langle F, n \rangle dS = \int_M (\nabla \cdot F) dV$$

13

Donde: M es la variedad que representa nuestro espacio de creencias; F es el campo vectorial que describe la dinámica de las creencias; n es el vector normal a la frontera ∂M ; y $\nabla \cdot F$ es la divergencia de F . La aplicación al modelo sería la siguiente: defendiendo F como el campo vectorial de cambio de creencias, puede considerar que $F(B) = (1 - c_i) * (\bar{\beta} - B_i)_i^{=1^n}$. La divergencia de F es:

$$\nabla \cdot F = \sum_i \partial F_i / \partial B_i = \sum_i (1 - c_i) = -n + \sum_i c_i$$

Aplicando el teorema de Euler, sería:

$$\oint_{\partial M} \langle F, n \rangle dS = -n + \sum_i c_i$$

Una interpretación de esto es que el lado izquierdo representa el flujo total de creencias a través de la frontera del espacio de creencias, mientras que el lado derecho representa la “fuente” o “sumidero” total de creencias en el sistema. También, como corolario también puede considerarse cierta conservación de la diversidad epistémica:

$$\oint_{\partial M} \langle F, n \rangle dS = n * (\bar{C} - 1)$$

Este resultado tiene una interpretación profunda: cuando $\bar{C} = 1$ (conservadurismo total), el flujo neto es cero, indicando que no hay cambio en la diversidad de creencias; mientras que cuando $\bar{C} < 1$, hay un flujo negativo, indicando una tendencia a la reducción de la diversidad. La magnitud de este flujo es proporcional a cuán lejos está la población del conservadurismo total. Es más, si la suma de las tasas de cambio locales (lado izquierdo) es igual a la “flexibilidad epistémica” total del sistema (lado derecho), entonces se puede demostrar cómo el conservadurismo individual (c_i) se relaciona con la adaptabilidad del sistema en su conjunto. En consecuencia, el conservadurismo epistémico actuará como un mecanismo de conservación de la diversidad, moderando la tendencia natural del sistema hacia la homogeneización de creencias⁸.

A partir de este modelo, se puede pensar en varios resultados importantes. En primer lugar, que existe un nivel óptimo de conservadurismo C^* que maximiza tanto la estabilidad como la adaptabilidad del sistema. De modo que, si se define una función de utilidad $U(C)$ que combina medidas de estabilidad y adaptabilidad, se podrá encontrar C^* , resolviendo $dU/dC = 0$. En segundo lugar, la diversidad de creencias $D(t)$ en el tiempo sigue una curva en la que $D(t) = D_{\max}/(1 + e^{(-r(1-\bar{C})t)})$; donde r es la tasa de crecimiento de la diversidad. En tercer lugar, el tiempo de convergencia a un consenso (si existe) está inversamente relacionado con $(1 - \bar{C})$ — quizás se podría utilizar técnicas de análisis de sistemas dinámicos para demostrar que el tiempo de convergencia es $\tau \propto 1/(1 - \bar{C})$. Estos resultados podrían demostrar cómo el conservadurismo epistémico, lejos de ser un obstáculo para el funcionamiento democrático, puede actuar como un mecanismo estabilizador que permite la coexistencia de la diversidad y el consenso en una sociedad democrática.

Finalmente, si el modelo anterior es correcto, entonces tendrá varias implicaciones importantes: 1. El conservadurismo epistémico moderado puede ser beneficioso para la estabilidad democrática; 2. Existe un equilibrio óptimo entre la conservación de creencias y la apertura al cambio; 3. La diversidad de creencias en una sociedad democrática sigue patrones predecibles y cuantificables; 4. El desacuerdo persistente no es

⁸ Para un modelo alternativo, pero en torno a los rasgos culturales entre agentes sociales y cómo estos pueden difundirse, véase: Axelrod (1997), quien propone un mecanismo donde la probabilidad de interacción entre agentes depende de su similitud cultural preeexistente (homofilia), y donde cada interacción aumenta esta similitud (influencia social). A través de simulaciones, dicho autor demuestra que estas dos dinámicas combinadas producen un patrón paradójico: localmente, los agentes tienden a converger hacia la homogeneidad cultural, pero globalmente, emergen regiones culturalmente distintas que no interactúan entre sí, resultando en polarización.

necesariamente una falla del sistema democrático, sino una característica emergente de la interacción entre agentes con diferentes grados de conservadurismo epistémico. En la siguiente sección, se analizará las implicaciones de estos resultados para la deliberación colectiva.

IV. Implicaciones del conservadurismo epistémico

El conservadurismo epistémico contribuye a la estabilidad de las creencias individuales. Como se ha expuesto, un alto grado de conservadurismo (c_i cerca de 1) implica una menor tasa de cambio en las creencias, lo que a su vez resulta en una mayor estabilidad epistémica. Esta estabilidad puede ser beneficiosa en términos de coherencia interna y continuidad de las creencias a lo largo del tiempo, permitiendo a los individuos interpretar nuevas informaciones desde un marco de referencia estable (Foley, 1987). Sin embargo, esta estabilidad también tiene un costo en términos de diversidad de opiniones. A medida que aumenta el conservadurismo promedio (\bar{C}), la diversidad de creencias (D) disminuye, lo que puede conducir a una mayor cohesión social, pero a expensas de la pluralidad de perspectivas. Esto puede ser problemático en una democracia, donde la diversidad de opiniones para el debate y la deliberación efectiva son constitutivas de su propia dinámica (Gutmann y Thompson, 2004)⁹. Es decir, la falta de diversidad de opiniones puede conducir a la conformidad y al estancamiento en el pensamiento, obstaculizando el progreso social y la resolución creativa de problemas. Por lo tanto, si bien el conservadurismo epistémico puede proporcionar estabilidad individual, su exceso, de manera agregada, puede resultar en una sociedad menos dinámica e innovadora.

Una de las principales implicaciones del modelo es la existencia de un nivel óptimo de conservadurismo epistémico (C^*) que maximiza tanto la estabilidad como la adaptabilidad del sistema. Este hallazgo sugiere que las sociedades democráticas deberían buscar un equilibrio entre la conservación de creencias y la apertura al cambio. Como señala Sunstein (2009), cierto grado de homogeneidad en las creencias puede ser necesario para profundizar la cohesión social, pero la exposición a perspectivas diversas no solo puede evitar la polarización extrema, sino también enriquecer el debate y fomentar una comprensión más profunda y matizada de los problemas. En la práctica, esto podría traducirse en el diseño de instituciones y procesos que fomenten tanto la estabilidad como

⁹ Véase también: Fishkin (2018), para quien la deliberación informada conduce a mejores resultados democráticos, bajo tres principios deseables pero difíciles de alcanzar simultáneamente: deliberación política, igualdad política y participación masiva.

la adaptabilidad. Por ejemplo, los sistemas constitucionales que requieren supermayorías para realizar cambios fundamentales, pero permiten cambios más pequeños con mayorías simples, podrían verse como una manifestación de este principio. Este tipo de diseño institucional puede proporcionar un equilibrio entre la protección de los derechos fundamentales y la capacidad de adaptación a las circunstancias cambiantes. Si la diversidad de creencias en una sociedad democrática sigue patrones predecibles y cuantificables, entonces el desacuerdo persistente no es necesariamente una falla del sistema democrático, sino una característica emergente de la interacción entre agentes con diferentes grados de conservadurismo epistémico. Esto refleja una dinámica sistémica donde la tensión entre estabilidad y cambio se resuelve a través de mecanismos epistémicos inherentes a la interacción social. Como demuestra el análisis matemático, la diversidad de opiniones no surge de manera caótica, sino que está modulada por el nivel promedio de conservadurismo y su variabilidad interna, de la que también son parte los desacuerdos profundos. Así, el desacuerdo puede persistir no solo porque el acuerdo —incluso el diálogo— sea altamente improbable, sino también porque el tejido social cuenta con un margen de flexibilidad que permite la coexistencia de visiones divergentes sin colapsar en la anarquía cognitiva. Dicho de otro modo, el propio conservadurismo epistémico actúa como un sistema de amortiguación que garantiza cierta pluralidad estable, impidiendo tanto la uniformidad forzada como la dispersión incontrolada de posturas. Tal perspectiva se alinea con el argumento de que el desacuerdo es no solo inevitable, sino también deseable en una democracia saludable (Gutmann y Thompson, 2004). La implicación práctica radica en que las instituciones democráticas deberían diseñarse para acomodar y aprovechar la diversidad de creencias, en lugar de tratar de eliminarla. Esto podría manifestarse en la creación de foros deliberativos que fomenten el intercambio de ideas diversas, o en el diseño de procesos de toma de decisiones que den peso a perspectivas minoritarias.

El conservadurismo epistémico moderado puede ser beneficioso para la estabilidad democrática, especialmente si se tiene en cuenta que, confrontando dos hipótesis incompatibles, pero igualmente adecuadas, el conservadurismo solo sugiere aceptar la que requiere menos alteraciones del conjunto de creencias actuales. Esto permite evitar el escepticismo total y mantener un conjunto estable de creencias. Es decir, el conservadurismo epistémico actúa como una fuerza que resiste la tendencia natural de las creencias a converger hacia un promedio poblacional. Lo que se señala es que, lejos de ser un impedimento para el correcto funcionamiento democrático, un cierto grado de conservadurismo epistémico, al mantener

la diversidad de opiniones y creencias, permite cierta cohesión social sobre la base del disenso¹⁰. En lugar de buscar un consenso completo o fomentar un cambio constante de opiniones, las sociedades democráticas podrían beneficiarse de cultivar un grado moderado de conservadurismo epistémico con el fin de sortear la polarización ideológica y la extrema fragmentación del discurso público. Esta idea podría desarrollarse en programas educativos que instruyan a los ciudadanos a mantener sus creencias fundamentales mientras permanecen abiertos a nueva información (en forma de evidencia o no), incluyendo perspectivas alternativas.

El anterior modelo sugiere que el tiempo de convergencia a un consenso (si existe) está inversamente relacionado con el grado de conservadurismo epistémico en la población. Es decir, a menor conservadurismo promedio, más rápida será la convergencia hacia un acuerdo colectivo, pero a costa de una mayor homogeneización. Esto tiene implicaciones para la toma de decisiones colectivas en contextos democráticos. En situaciones que requieren decisiones rápidas, podría ser beneficioso diseñar procesos que temporalmente reduzcan el conservadurismo epistémico de los participantes, fomentando una mayor apertura a nuevas ideas y perspectivas. Por otro lado, en decisiones que requieren una consideración más cuidadosa y a largo plazo, podría ser beneficioso fomentar un mayor grado de conservadurismo epistémico para impedir cambios bruscos basados en información incompleta o tendencias temporales. En este sentido, cierto grado de aislamiento epistémico puede, paradójicamente, conducir a mejores resultados colectivos en algunos casos. La ecuación que describe la evolución de la diversidad de creencias en el tiempo ($D(t) = D_{\max} / (1 + e^{(-r(1-C)t)})$) implica que la pluralidad de opiniones no es caótica ni aleatoria, sino que sigue patrones predecibles y cuantificables. Esta predictibilidad podría influir en cómo se gestionan las expectativas en los procesos democráticos y en el diseño de políticas públicas que busquen fomentar o gestionar la diversidad social. Por ejemplo, la idea de que existe un nivel óptimo de conservadurismo epistémico, que maximiza tanto la estabilidad como la adaptabilidad del sistema, podría propiciar la creación de estrategias que equilibren la retención de creencias para un diseño de sistemas de gobierno que oriente sus instituciones hacia la participación ciudadana. Esto también podría manifestarse en la creación de procesos normativos que combinen elementos de estabilidad (como tribunales

¹⁰ Por ejemplo, Goodin (2003) ofrece una perspectiva desde la teoría de la elección social, examinando cómo diferentes reglas de agregación pueden afectar la capacidad de un grupo para llegar a decisiones correctas en presencia de desacuerdos. De modo que cierto grado de conservadurismo epistémico a nivel individual podría, paradójicamente, mejorar la calidad de las decisiones colectivas bajo ciertas condiciones.

constitucionales con mandatos largos) con elementos más adaptables (como legislaturas con mandatos más cortos). Además, la comprensión de cómo la diversidad de creencias evoluciona en el tiempo conduce a procesos de deliberación y toma de decisiones que pueden representar mejor la libertad de expresión de las minorías. Por ejemplo, se podrían diseñar procesos que inicialmente fomenten una amplia diversidad de perspectivas, pero que gradualmente converjan hacia un consenso a medida que avanza la deliberación, en la que las minorías se encuentren incluidas.

Asimismo, un grado moderado de conservadurismo epistémico podría promover una mayor integridad en la toma de decisiones, aunque los efectos de los sesgos de confirmación pueden limitar la apertura a nuevas evidencias y perspectivas. Las personas tienden a cambiar menos sus opiniones cuando se reúnen y se someten a una deliberación prolongada. Esto podría explicarse en parte porque deliberar, al ser una actividad social, refuerza las creencias preexistentes a través de la validación mutua y la presión para conformarse con el grupo. En tales contextos, la mayoría de las personas tendería a adaptarse y asimilar las opiniones de quienes tienen mayor autoridad, donde las opiniones minoritarias pueden verse marginadas. Cuando este proceso ocurre en contextos altamente confrontativos, donde las opiniones están polarizadas, el resultado puede ser la intensificación de la división y la exacerbación de la fragmentación social, pues los agentes se aferran más firmemente a sus creencias y son menos propensos a considerar razones opuestas. De aquí se desprende, como sugiere el modelo anterior, que el tiempo necesario para alcanzar un consenso (si es posible) está inversamente relacionado con el grado de apertura al cambio ($1 - C$): paradójicamente, las sociedades más conservadoras podrían tardar más en alcanzar acuerdos. No obstante, también importa aclarar que, mientras que la tendencia natural en muchos contextos sociales es hacia la convergencia de opiniones, un grado moderado de conservadurismo epistémico permite la persistencia de una pluralidad de perspectivas. Esta diversidad sostenida de creencias y opiniones es fundamental para la salud de una democracia robusta, ya que fomenta el debate continuo y previene la estagnación intelectual.

Si se tiene en cuenta que el flujo de creencias con el conservadurismo promedio, sugiriendo que el conservadurismo actúa como un mecanismo de conservación de la diversidad, modera la tendencia natural hacia la homogeneización de creencias, entonces podríamos afirmar que este conservadurismo epistémico contribuye a mantener una diversidad de opiniones esencial para la deliberación democrática.

V. Conclusiones

Alcanzar un conservadurismo epistémico moderado, en el que es racional sostener las creencias que uno posee hasta que se demuestre lo contrario, puede ser beneficioso para la estabilidad democrática, actuando como un mecanismo que preserva la diversidad de opiniones mientras mantiene cierta cohesión social. Si existe un nivel óptimo de conservadurismo epistémico que maximiza tanto la estabilidad como la adaptabilidad del sistema democrático, entonces la diversidad de creencias en una sociedad democrática seguirá patrones predecibles y cuantificables, algo que tiene relevancia para el diseño de instituciones y procesos democráticos. El desacuerdo persistente no es necesariamente una falla del sistema democrático, sino una característica emergente de la interacción entre agentes con diferentes grados de conservadurismo epistémico.

El tiempo de convergencia a un consenso está inversamente relacionado con el grado de apertura al cambio en la población, lo que sugiere que sociedades más conservadoras podrían tardar más en alcanzar acuerdos. El conservadurismo epistémico actúa como un mecanismo de conservación de la diversidad, moderando la tendencia natural del sistema hacia la homogeneización de creencias. Las características cognitivas individuales, como el grado de conservadurismo epistémico, tienen un impacto directo y cuantificable en la capacidad de una sociedad para adaptarse a nuevos desafíos y circunstancias cambiantes. Esto sugiere que las características cognitivas individuales tienen un impacto directo y cuantificable en la capacidad de una sociedad para adaptarse a nuevos desafíos y circunstancias cambiantes.

Referencias bibliográficas

- Adler, J. (1990). Conservatism and tacit confirmation. *Mind*, 99(396), 559-570. <https://doi.org/10.1093/mind/XCIX.396.559>
- Adler, J. (1996). An overlooked argument for epistemic conservatism. *Analysis*, 56(2), 80-84. <https://doi.org/10.1093/analys/56.2.80>
- Axelrod, R. (1997). The Dissemination of Culture: A Model with Local Convergence and Global Polarization. *Journal of Conflict Resolution*, 41(2), 203-226. <https://doi.org/10.1177/0022002797041002001>
- Bohman, J. (1998). The Coming of Age of Deliberative Democracy. *The Journal of Political Philosophy*, 6(4), 400-425. <https://doi.org/10.1111/1467-9760.00061>
- Brennan, J. (2016). *Against democracy*. Princeton University Press. <https://doi.org/10.1515/9781400882939>
- Castells, M. (2009). *Comunicación y poder* (M. Hernández, Trad.). Alianza Editorial.
- Chisholm, R. (1982). *The Foundations of Knowing*. University of Minnesota Press.

- Christensen, D. (1994). Conservatism in Epistemology. *Nous*, 28(1), 69-89. <https://doi.org/10.2307/2215920>
- Cohen, J. (1989). The economic basis of deliberative democracy. *Social philosophy and policy*, 6(2), 25-50. <https://doi.org/10.1017/S0265052500000625>
- Comesaña, J. (2011). Conservatism, preservationism, conservatism, and mentalism. *Analysis*, 71(3), 489-492. <https://doi.org/10.1093/analys/anr043>
- Coren, D. (2021). Epistemic conservatism and bare beliefs. *Synthese*, 198, 743–756. <https://doi.org/10.1007/s11229-018-02059-8>
- Dryzek, J. S., y Niemeyer, S. (2006). Reconciling Pluralism and Consensus as Political Ideals. *American Journal of Political Science*, 50(3), 634-649. <https://doi.org/10.1111/j.1540-5907.2006.00206.x>
- Feldman, R. (2005). Deep disagreement, Rational Resolutions and Critical Thinking. *Informal Logic*, 25(1), 13-23. <https://doi.org/10.22329/il.v25i1.1041>
- Fishkin, J. S. (2018). *Democracy When the People Are Thinking: Revitalizing Our Politics Through Public Deliberation*. Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/oso/9780198820291.001.0001>
- Fogelin, R. (2005). The logic of deep disagreements. *Informal logic*, 25(1), 3-11. <https://doi.org/10.22329/il.v25i1.1040>
- Foley, R. (1983). Epistemic Conservationism. *Philosophical Studies*, 43, 165-182. <https://doi.org/10.1007/BF00372381>
- Foley, R. (1987). *The Theory of Epistemic Rationality*. Harvard University Press. <https://doi.org/10.4159/harvard.9780674334236>
- Foley, R. (2004). *Intellectual Trust in Oneself and Others*. Cambridge University Press.
- Fraser, N. (1990). Rethinking the Public Sphere: A Contribution to the Critique of Actually Existing Democracy. *Social Text*, (25/26), 56-80. <https://doi.org/10.2307/446240>
- Fricker, M. (2007). *Epistemic injustice: Power and the Ethics of Knowing*. Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/acprof:oso/9780198237907.001.0001>
- Goldman, A. (1999). *Knowledge in a Social World*. Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/0198238207.001.0001>
- Goodin, R. (2003). *Reflective Democracy*. Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/0199256179.001.0001>
- Gutmann, A., y Thompson, D. F. (2004). *Why Deliberative Democracy?* Princeton University Press. <https://doi.org/10.1515/9781400826339>
- Harman, G. (1986). *Change in View: Principles of Reasoning*. MIT Press.
- Kvanvig, J. (1989). Conservatism and its virtues. *Synthese*, 79, 143-163. <https://doi.org/10.1007/BF00873259>
- Landemore, H. (2013). On Minimal Deliberation, Partisan Activism, and Teaching People How to Disagree. *Critical Review*, 25(2), 210-225. <https://doi.org/10.1080/08913811.2013.843875>
- Lycan, W. G. (1988). *Judgement and Justification*. Cambridge University Press.

- Lyons, J. C. (2009). *Perception and Basic Beliefs: Zombies, Modules, and the Problem of the External World*. Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/acprof:oso/9780195373578.001.0001>
- McCain, K. (2008). The virtues of epistemic conservatism. *Synthese*, 164, 185-200. <https://doi.org/10.1007/s11229-007-9222-5>
- Mouffe, C. (2000). *The Democratic Paradox*. Verso Books.
- Poston, T. (2012). Is There an 'I' in Epistemology? *Dialectica*, 66(4), 517–541. <https://doi.org/10.1111/1746-8361.12004>
- Sherman, B., y Harman, G. (2011). Knowledge and assumptions. *Philosophical Studies*, 156, 131-140. <https://doi.org/10.1007/s11098-011-9797-z>
- Sunstein, C. R. (2009). *Going to Extremes: How Like Minds Unite and Divide*. Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/oso/9780195378016.001.0001>
- Talisse, R. B. (2009). *Democracy and Moral Conflict*. Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511635281>
- Talisse, R. B. (2013). *Pluralism and Liberal Politics*. Routledge. <https://doi.org/10.4324/9780203803721>
- Vahid, H. (2004). Varieties of Epistemic Conservatism. *Synthese*, 141, 97-122. <https://doi.org/10.1023/B:SYNT.0000035849.62840.e8>
- Zollman, K. J. (2010). The Epistemic Benefit of Transient Diversity. *Erkenntnis*, 72, 17-35. <https://doi.org/10.1007/s10670-009-9194-6>

21

Datos de financiación del artículo

El autor declara que no ha recibido financiación para este artículo.

Implicaciones éticas

El autor no tiene ningún tipo de implicación ética que se deba declarar en la escritura y publicación de este artículo.

Declaración de conflicto de interés

El autor declara que no tiene ningún conflicto de interés en la escritura o publicación de este artículo.

Contribuciones del autor

Conceptualización, escritura (preparación del borrador original) y redacción (revisión y edición).

Autor de correspondencia

Rodrigo Laera. rodrigolaera@gmail.com. Beltrán 72, capital, Buenos Aires, Argentina.

Declaración de uso de inteligencia artificial

Solo se ha utilizado una herramienta de inteligencia artificial generativa con fines de revisión gramatical.